

Una vida que cuidar y dos que conservar

Por: Andry Sylena Mora Torres

Eran las 4 a.m. del día 16 de mayo del 2020 no dormí esa noche y se puede notar fácilmente en mi pálida cara, con dos bolsas negras bajo los ojos, me dan aspecto de haber participado recientemente en una pelea callejera. No es normal no poder dormir, pero claro, es entendible cuando vives en una casa con una bebé y otra de 13 años, es como si justo en la habitación del lado estuvieran reproduciendo todos los días la misma película de suspenso. Los ataques violentos de mi madre eran esa película escalofriante para mí, pero lo que no sabíamos era que la verdadera vida real estaría apenas por llegar.



Una niña que con una gran sonrisa espera la llegada de su madre

Foto tomada por: Andry Mora

Problemas así se venían presentando dentro de cualquier residencia de la ciudad, claro que yo pensaba que solo me pasaba a mí. Empezó a resonar y a esparcirse por algunas partes del mundo el nombre coronavirus (COVID-19), el nuevo virus de molestos síntomas respiratorios, en su momento todo era noticia y como no aterrorizaba este país no se le prestaba la debida atención que merecía. Pasaron dos semanas que anunciaron la noticia de que el virus llegó por primera vez a Colombia el 6 de marzo de 2020, la gente no notaba una gran diferencia, muchos murmuraban “¿por qué tanto escándalo solo por un virus?”, Pero lo que no sabían es que era algo más que un simple virus. La gente no lograba entender la dimensión de esta situación, este pensamiento cambiaría cuando empezaron a surgir los primeros fallecidos.

Tuvieron que tomarse medidas para proteger a las personas de la pandemia, fue justamente cuando surgió la maravillosa o tal vez tonta idea de la cuarentena. Los estudios afirmaban que la enfermedad sólo podrían padecerla adultos de la tercera edad, aunque fue un poco cruel saber que estarían encerrados por el poco tiempo que les queda de vida, yo exploté de felicidad de saber que no le daría a niñas como yo, aunque no pasó mucho tiempo para que el miedo volviera a introducirse por cada una de las partes de mi cuerpo, la semana después sonó el teléfono de la sala de mi casa, mi madre corrió directamente a contestarlo y lo único que pude escuchar desde la cocina fue una voz chillona y asustada diciendo “tengo que ejercer mi trabajo, y no podré estar en casa”, sin pensarlo rápidamente corrí a mi habitación y me arrastre bajo la cama a llorar. Muchas personas estaban hospitalizadas no podía ver ni hablar de frente con mi mamá, una parte de mí se desprendió ese día.

Todo se estaba tornando un poco menos colorido, pues... por lo menos para mí, bastante aburrida y complicada era la vida cuando pasaba una cuarta parte de ella en mi casa, no quiero imaginar ahora que tengo que estar todo el día metida en mi habitación por el cuento de la pandemia. Los días pasaban y pasaban, y todavía no me sentía cómoda, todas las peleas y discusiones como siempre de mi mamá, además creo que el reposo que guardan las personas en casa por el riesgo del virus debería ser reconfortante, pero para mí era como tener otro virus metido, encerrado, comiendo y durmiendo conmigo.

Yo estaba preocupada por lo que estaba pasando y cuando me di cuenta que había gente muriendo, no lo dudé dos veces en ponerme al tanto de la situación. Empecé a pasar la mayor parte del día pegada de la computadora y los medios de comunicación como la radio, la televisión y el celular, nos dirigían específicamente cada una de las recomendaciones para evitar el contagio. Cuidados básicos pero efectivos como lavarnos las manos, desinfectarnos con alcohol, guardar distancia unos de otros y no perder la calma. También ayudaba a mi mamá con mis hermanas para que no discutiera conmigo y no empeorara mi depresión, nunca en la vida imaginaria tener que ver una escena donde siendo una niña tendría que cuidar a dos más, y es claro, aún no sabía cuidarme sola y ahora no lo soportaría.

Adopté la costumbre de hablarle a mi mamá todos y cada uno de los días sin falta alguna, algunas veces pensaba que se iba cansar de mí como todo el mundo lo hacía, yo estaba esperanzada y creía que ella verdaderamente iba a mejorar esas actitudes de grosería y desprecio, pues siempre había sido una persona muy fuerte, mucho más fuerte que yo.

Después de pasar dos años en pandemia llegó la hora de salir al mundo exterior donde ya no hay virtualidad, donde tienes hermanas que cuidar; al pasar los días se volvió muy monótono el tener que levantarme temprano, hacer el desayuno, llevar a mi hermanita a la escuela y claro las cosas en mi casa se estaban complicando, la relación con mi mamá no estaba muy bien y yo no soportaba ser la única interesada en arreglar los conflictos, mi hermana Ana de quince años no

quería colaborar y ya estaba harta, yo prefería correr el riesgo de vivir sola para pasar el día sin problemas que tener que seguir viviendo esa situación tan tenaz con mi familia.

Respecto a todo tome una decisión que en su momento creí adecuada, lo que no sabía es que poco tiempo después me arrepentiría. Cuando ya existían las vacunas y las prohibiciones de no salir ya eran escasas, me escapaba por la pequeña ventana al lado del lavabo del baño de mi habitación, una ruta perfecta, nadie podía verme, la tenía tan analizada que ya no me doblaba el pie al saltar a la calle, como las primeras veces que me escabullía. Creo que no hay ningún problema con eso, solo quería escapar de mi mamá y mis hermanas, para poder salir de la pesadilla que estaba viviendo. Cada uno de los minutos que pasé en casa, cada uno de los cuidados que tuve, cada cosa que hice para estar bien con mi mamá, todo, lo estaban tirando a la basura y consecuentemente estaban arruinando más la situación. No me importaba, solo quería salir de casa y pasar tiempo con amigos, así despejaba mi mente y no pensaría en que tenía que hacer el almuerzo o arreglar la casa.

A los 20 minutos después de haber pensado toda esa locura de escaparme otra vez me llamó la persona que yo había necesitado, en esa llamada logré entender que debía tener amor por la familia, ya me sentía una basura pero ella me calmaba cualquier pensamiento malo que pasaba por mi mente, mi abuela me dijo: "No es tarde para darte cuenta que la vida solo es una y cada cosa que hagas viene una consecuencia por detrás, a veces simplemente te cansas de algo y no hay que darle más vueltas y lo mejor está en seguir con tu vida ayudando a los demás", no entiendo que pasaba por mi cabeza en ese momento, tal vez estaba cegada por la rabia, pero nunca perdí la fe. Seguía pensando mucho en mis hermanas y ya no tenía tantas ganas de salir, creo que mi abuela tenía razón al decirme que valía más mi vida y así mismo estaría protegiendo la vida de los demás.

Meses después supe que mi Ana estaba insurgente, claro ya tenía la edad en la que todas las niñas querían vivir su vida, en la que todas las niñas ya se quieren maquillar y ponerse tacones, de todas formas mi mente ya estaba demasiada débil y no pude evitar derramar lágrimas porque ya tenía sus quince años, pero retomando fuerzas me di cuenta que no es tarde para empezar de nuevo haciendo las cosas bien, de repente se me ocurrió regalarle un anillo de cuando tenía la misma edad que ella y así ella se lo pasaba a nuestra hermanita menor.

Tiempo después, mi mamá quedó sin trabajo, aun así seguía ayudando en la casa con los aseo y comidas diarias, no sé qué se siente tener tres hijas pero sé que se siente cuidar a dos, mi abuela tiene muchas ganas de vernos crecer pero olvidé mencionar que vive a más de 3.000 Mil kilómetros de aquí; sigo llevando a mi hermanita al colegio, ayudando a las dos con sus tareas y por lo menos tengo la conciencia limpia para ayudar a mi mamá en lo que sea necesario para que pueda

conseguir otro trabajo, a pesar de sus actitudes es mi mamá y me regaló la vida, una casa y comida para vivirla.

Todos merecemos una segunda oportunidad para cambiar y demostrar la fuerza que nos une como personas, deja que pase el tiempo y el universo te recompensará con algo mejor, ahora sé que mi abuela tenía razón.